

«...habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la corte, llamado Mauleón, el cual respondía de repente á cuanto le preguntaban; y, preguntándole uno qué quería decir *Deum de Deo*, respondió: *Dé donde diere.*» — (II, 71.)

«— No más refranes, Sancho, por un solo Dios, — dijo D. Quijote; — que parece que te vuelves al *sicut erat.*» — (II, 71.)

«Cogióla Sancho á mano salva, y presentósele á D. Quijote, el cual estaba diciendo: — *Malum signum, malum signum*: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece.» — (II, 73.)

Por la lectura de los anteriores pasajes, dedúcese claramente que D. Quijote no era ignaro en el idioma de Cicerón. ¿Cómo ignaro si tiene su complacencia en hacer gala de frases latinas? ¿Cómo ignaro si diríase ser el autor del *Diálogo de la Lengua*, pues, discutiendo sobre *regoldar* y *erutar*, da la preferencia á esta forma erudita por ser hija del latín?

Fuera así como arte de cubilete apuntar la idea de que, si en la *segunda parte*, superior en todo á la *primera*, se esplaya en sentencias y frases latinas, fué para prevenir la objeción de los novísimos censores, que habían de presentar al héroe como desconocedor de esa lengua, madre de las que, por este su origen, se llaman lenguas romances. Ciertamente, no fué tal el propósito; y, con todo, puede afirmarse que la riqueza de los textos aducidos responde por sí misma y dice que D. Quijote prueba suficientemente con ellos ser un latinista; que en modo alguno se le han de atribuir las palabras *no entiendo ese latín*, que se leen en la edición príncipe, y, por tanto, que están más en armonía con su cultura y con sus creencias de cristiano viejo aquellas otras que se estamparon en la segunda impresión de 1605, aquellas que dicen: «*Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada: «justa illud si quis suadente diabolo etc.,» aunque sé bien...*» La incongruencia del diálogo, tal como salió en la primera de Cuesta, asombró desde luego al corrector de la segunda, quien, repasando el original, ó consultando acaso por escrito la dificultad con el autor, ó bien aconsejado por amigos de éste, deshizo la confusión poniendo en boca de D. Quijote, y no en la del bachiller, la acusación de sacrílego. Y lue-

go, sin que desdiga del carácter propio de esta historia, el hidalgo, persistiendo en la acostumbrada incoherencia de sus ideas, dando singular muestra de su locura, oponiendo lo de católico á lo de caballero, que no conoce más ley ni pragmática que su voluntad, refuta su propio argumento: «*¡Vive Dios! que no puse las manos en cosa sagrada, sino este lanzón.*» Con tan desenfadada salida le parece que no está comprendido en el anatema del famoso canon.

Nos imaginamos estar oyendo al lector: «¿Qué autoridad puede darse á narración tan incongruente, tan falta de verdad, tan obscura por la confusión que en ella reina? Relato en tal forma hecho ¿puede llevar tras sí el asentimiento del menos exigente en lo que pide el arte de narrar?» Ciertamente, no discutirá si las cuartillas iban en el orden en que aparecieron impresas; acaso se abstenga de formular cargo alguno ni contra Cervantes ni contra el impresor. ¡Han pasado tantos años! ¡Se hace tan difícil averiguar lo sucedido! Mas, llamado á fallar, pronunciará la sentencia de que un texto en tal forma presentado es inadmisibile ante el tribunal de la crítica.

Vengamos al de Hartzenbusch. Dando, como siempre que del *Don Quijote* se trata, una prueba más del poco respeto que le merecía la tradición cervántica, quiso resolver el conflicto que por error de copia, por inadvertencia del escritor ó por equivocada paginación de las cuartillas, hay en la asendereada *editio princeps*. Cogiendo, pues (digámoslo en forma cruda), el en esta ocasión malhadado *olvidábaseme de decir*, lo traslada de sitio sin escrúpulo de conciencia. Y ¿dónde lo pone? Después de la primera ida del bachiller. Lo hizo indudablemente con el deseo de mejorar el texto; mas ¿quién le invistió de autoridad para tamaño arreglo? El equivocado concepto que de estos trabajos tenía, ó, para decirlo de otro modo, su ninguna consideración á las ediciones primitivas.

Y ¿cómo hizo la adaptación (soldadura sería voz, aunque vulgar, más propia) de la narración antigua á la moderna? Falsificando los hechos, atribuyendo á Cervantes palabras que no dijo. Cinco vocablos le bastaron para levantar un falso testimonio al Príncipe de los ingenios españoles. «*Con esto se fué el bachiller. Olvidábaseme de decir.*» Sin duda creará el lector que el olvidadizo es Alonso López. No: el culpable del olvido es el sin par novelista: *olvidábaseme de decir* que ANTES DIJO Á D. QUIJOTE.

Por arte, porque entendía ser elegantísima expresión, porque estaba enamorado del arcaico giro *olvidábaseme de*, sólo por esto, lo repite, no pocas veces, en sus obras, siempre atraído por ese «de» tan sabroso en la pluma de nuestros antiguos escritores, pero jamás como confesión de involuntario olvido.

Las citas que van á continuación demostrarán que el sobredicho giro ha de mirarse como un primor en boca de Cervantes, pero nunca como arrepentimiento de pasados descuidos; que esto último viene á significar Hartzbusch con la inoportuna adición de las consabidas palabras.

De que tal elegancia era familiar á la pluma del novelista lo confirman los siguientes ejemplos:

«*Olvidábaseme de decir* que, así como bajó Monipodio, todos le hicieron brava cortesía.»

(*Rinconete y Cortadillo*, p. 275, ed. de Rodríguez Marín.)

«*Olvidábaseme de decir* como la enamorada mesonera...»

(*La Gitanilla*.)

«*Olvidábaseme de decir* como Grisóstomo, el difunto, fué grande hombre de componer coplas.»

(*Quijote*, I, 12.)

«*Olvidábaseme de decirte* que esperes el *Persiles*.»

(Prólogo de la II del *Quijote*.)

«*Olvidábaseme de decirte* como el tal maese Pedro...»

(*Quijote*, II, 25.)

«*Olvida de decir* como volví el collar á...»

(*Persiles y Sigismunda*, II, 15.)

Arcaica por el *de*; notada, va para cuatro centurias, de viciosa y superflua (1) la frase *olvidábaseme de decir*, causa, en este lugar, de perpetua confusión y constante litigio; debiera desterrarse de aquí:

(1) Véase nuestro *Arte de componer en la lengua castellana*, p. 38, ed. de 1901.

con ella huirían las dudas, y entonces la narración, cual hermosa corriente de agua clara y límpida, se deslizaría, como por entre blancas y menudas guijas, sin tropiezo que pudiese embarazar su tranquila y sosegada marcha. ¿Por qué, pues, no condenarla al ostracismo? Ya lo diremos: nuestra jurisdicción no alcanza sino á poner de manifiesto, bien que es una variante intrusa, ó bien una descuidada que dejó fuera á las compañeras sin las que se había de notar su desairado papel.

Quédese para el Congreso de cervantistas que acaso se celebre en el próximo Centenario, en 1916, ó seguramente en el más lejano, en 2005, dar un texto definitivo. Nuestro amor propio en este punto queda más bajo. Pero entiéndase que, al pedir la expatriación, digámoslo así, del manoseado *olvidábaseme de decir*, no lo hacemos por estimarlo impropio de la pluma de Cervantes, sino ajeno de este lugar.

En resolución, si después de tantos amaños nos hubiese dado un texto exento de confusión, todavía, usando de indulgencia por el atrevimiento de haber invertido el orden de los sucesos, pudiera absolversele; pero, subsistiendo como subsiste la confusión hija de las dos idas del bachiller, se viene á los labios la pregunta: ¿podemos inclinarnos en favor de un texto interpolado por un autor moderno, que no explica las dos retiradas del bachiller Alonso López? No.

Prosigamos en nuestra labor. El benemérito hispanófilo Fitzmaurice-Kelly, á cuya generosa tentativa de un texto del *Don Quijote* con variantes débese el estímulo que á toda hora recibimos en nuestra penosa tarea, se dejó deslumbrar (entienda que no lo decimos en son de censura) por el aparatoso arreglo, llamémoslo así, que de este pasaje se hizo en las dos ediciones de Argamasilla. No incurre, reconozcamos su acertado juicio, en el error de que Cervantes se declare culpable del olvido; no patrocina la incorrección del viejo, para no llamarle vidrioso, académico; pero diríase que el ilustre Fitzmaurice-Kelly, en quien se juntan la dulzura y la caballerosidad, se vuelve como airado contra la 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> edición de Juan de la Cuesta, y que, poniendo de resalto sus errores (los de una y otra edición), llega, aunque no lo dice en forma tan cerrada como nosotros, hasta negar la *posibilidad* de que en dos ó tres pasajes de ellas (bien porque le hubiese consultado el editor, bien por cartas dirigidas á sus amigos de Madrid) tomase la pluma, ya que no para

corregir, para hacer alguna indicación, siquiera no fuese bien entendida ó atendida en su totalidad.

Firme en este su propósito, y con un arrojo al que jamás llegaremos, pone también sus manos en el venerando texto (venerando, sí, sean cuales fueren sus imperfecciones, propias ó ajenas), y, haciendo su composición de lugar, cree salvar las incongruencias de que, por lo visibles, el lector se da cuenta al punto.

Véase el arreglo del historiador de nuestra literatura.

EDICIÓN DE FITZMAURICE-KELLY (1898)

« Dígale también Sancho: « — Si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced que es el famoso D. Quijote de la Mancha, que, por otro nombre, se llama *el Caballero de la Triste Figura*. »

» Con esto se fué el bachiller... — Ovidábaseme de decir que advierta vuestra merced que queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud si quis suadente diabolo*, etc.

» — No entiendo ese latín — respondió D. Quijote; — mas yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más que yo no pensé que ofendía á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmás y á vestiglos del otro mundo. Y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Ruy Díaz cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de Su Santidad el Papa, por lo cual le descomulgó, y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero. En oyendo esto el bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra.

» Y D. Quijote preguntó á Sancho que qué le habia movido á llamarle *el Caballero de la Triste Figura* más entonces que nunca. — Yo se lo diré, — respondió Sancho; — porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura, de poco acá, que jamás he visto; y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes.

» — No es eso, — respondió D. Quijote, — sino que al sabio á cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llama *el de la Ardiente Espada*, cuál *el del Unicornio*, aquél *de las Doncellas*, aqueste *el del Ave Fénix*, el otro *el Caballero del Grifo*, estotro *el de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y, así, digo que, el sabio ya dicho, te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llameses *el Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y, para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo, una muy triste figura.

» — No hay para qué gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, — dijo Sancho, — sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya y dé rostro á los que le miraren, que, sin más ni más y sin otra imagen ni escudo, le llamarán *el de la Triste Figura*. Y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. »

» Rióse D. Quijote del donaire de Sancho; pero, con todo, puso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo ó rodela como habia imaginado.

» Quisiera D. Quijote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no; pero no lo consintió Sancho... »

Síguese en esta *lección*, como habrá observado el lector, el arreglo de Hartzzenbusch, menos (y esto honra al discretísimo hispanófilo) en las cinco palabras que el audaz cervantista interpoló en mal hora. Hase dicho cinco, aunque en verdad son siete; mas, como dos de ellas no alteran el pensamiento, parecennos esas dos últimas pecado venial en quien cometió otros mucho más graves. *No hay para qué gastar tiempo*, leyeron todos; pero el autor de *Los amantes de Teruel* creyó que debía decirse: « No hay para qué, señor, querer gastar tiempo... », innovación ciertamente superflua.

Si á tales novedades hubiese presidido la idea de aquellas palabras, variado el momento y el caso en que se pronunciaron: *tanto*

*vale cortar como desalar*, seguramente que se habría adoptado el texto que trae la segunda edición del tantas veces repetido Juan de la Cuesta, para lo cual hubiera bastado decir: «ya que el bachiller se va, dejémoslo ir, pero que no vuelva»; ó, en otros términos: «puesto que no es necesaria, suprimamos su segunda ida»; y con esto reinaría aquí una paz octaviana.

Porque este segundo viaje, ciertamente inmotivado, es sólo el único punto vulnerable de la segunda edición de 1605, seguida por todos menos por los dos autores arriba citados, á los que se ha de añadir el nombre del Sr. Benjumea.

Tal es el texto comúnmente adoptado: para nosotros, recibe su autoridad, ya de la verosímil intervención que en ello tuvo Cervantes, ya del silencio que siempre guardó respecto á tamaña innovación. No se trata de la mudanza de una palabra, sino de varias, y no ha llegado hasta nosotros la noticia de que el eximio novelista protestase, como de otras alteraciones.

Tal es, pues, el texto, que, reproducido por la fotografía, va á continuación.

SEGUNDA EDICIÓN DE JUAN DE LA CUESTA (1605)

### *Tercera parte de don*

agrauio, que no auia sido en su mano dexar de auer le hecho. Dixole tambien Sancho: Si a caso quisieren saber ellos señores, quien ha sido el valeroso que tales los puso, dirales vuestra merced, que es el famoso don Quixote de la Mancha, que por otro nombre se llama, El cauallero de la triste Figura. Con esto se fue el Bachiller, y don Quixote preguntò a Sancho, que que le auia mouido a llamarle el cauallero de la triste Figura, mas entonces que nunca? Yo se lo dire, respondió Sancho, porque le he estado mirando vn rato a la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco aca, que jamas he visto: y de uelo de auer caufado, o ya el cansancio deste combate, o ya la falta de las muelas, y dientes. No es esto, respondió don Quixote, sino que el sabio a cuyo cargo deue de estar el escreuir la historia de mis hazañas, le aura parecido, que serà bien que yo tome algun nombre apelatiuo, como lo tomauan todos los caualleros passados: qual se llamaua el de la ardiente Espada: qual el del Vnicornio: aquel de las Donzellas: aqueste el del aue Fenix: el otro el cauallero del Grifo: estotro el de la Muerte: y por estos nombres, é insignias eran conozidos por toda la redondez de la tierra. Y asì digo, que el Sabio ya dicho, te aura puesto en la lengua, y en el pensamiento aora, que me llamassies el cauallero de la triste Figura, como pienso llamarme desde oy en adelante: y para que mejor me quadre tal nombre, determino de hazer pintar, quando aya lugar en mi escudo, vna muy triste figura. No ay para que gastar tiempo, y dineros en hazer  
essa

*Quixote de la Mancha.* 84

essa figura, dixo Sancho, sino lo que se ha de hazer es, que vuestra merced descubra la fuya, y dé rostro a los que le miraren, que sin mas ni mas, y sin otra imagen, ni escudo le llamaran el de la triste Figura: y creame que le digo verdad, porque le prometo a vuestra merced señor, (y esto sea dicho en burlas) que le haze tan mala cara la hambre, y la falta de las muelas, que como ya tengo dicho, se podra muy bien escufar la triste pintura. Riose don Quixote, del donayre de Sancho, pero con todo proposito de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo, ó rodela, como auia imaginado: y dixole: Yo entiendo Sancho, que quedo descomulgado, por auer puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *iuxta illud, si quis suadente diabo- lo, &c.* Aunque se bien que no pase las manos, sino este lançon: quanto mas, que yo no pense que ofendia a sacerdotes, ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto, y adoro como Católico, y fiel Christiano que soy, sino a fantasmas, y a vestiglos del otro mundo. Y quando esso así fuesse, en la memoria tengo lo que le passò al Cid Ruy Diaz quando quebro la filla del Embaxador de aquel Rey, delante de su Santidad del Papa, por lo qual lo descomulgò, y anduuo aquel dia el buen Rodrigo de Viuar, como muy honrado, y valiente cauallero. En oyêdo esto el Bachiller se fue, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera don Quixote mirar, si el cuerpo que venia en la litera eran huesos, o no, pero no lo consintio Sancho, diziendole: Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa auentura lo mas a su salvo, de todas las que yo he visto, esta gente

L 4 aunque

No sin fatiga habrá llegado á este punto quien haya seguido nuestro largo razonamiento. Menos pintoresco y sugestivo que amante de la severa imparcialidad, siempre compañera de nuestra pluma, ésta complácese en advertir que la *lección* seguida en el texto es la comúnmente adoptada desde que comenzó á correr de molde la tan repetida segunda edición de Juan de la Cuesta. En ella hay también sus asperezas (¿por qué negarlo?): hay las dos idas del malaventurado bachiller; una de ellas, más que inoportuna y baldía, incongruente por todo extremo. Pero su *lección*, si afeada por tamaño descuido, préstase á menos reparos que la de su hermana primogénita; que la disfrazada por Hartzenbusch; que la menos desenvuelta, pero al fin innovadora, del ingenioso y bienquisto historiador de nuestras letras, Fitzmaurice-Kelly.

Enemigos de novedades, hemos resistido fuertemente á la tentación de suprimir la segunda ida de Alonso López, con lo que el texto, libre y desembarazado, correría sin tropiezo alguno. Tal es nuestro sentir, que podrá tacharse de encogido, mas no de irreverente.

## IV

## EL ROBO DEL RUCIO

Blanco de perpetua y acalorada discusión, este hecho es, sin duda, el que en la novela del *Don Quijote* ha dado lugar á mayor número de debates; tan serios, tan graves y por tan largo tiempo sostenidos, que han sido la preocupación de los cervantistas en las tres últimas centurias. Y, cuando aparecía acallada la opinión pública, un crítico ilustre, Fitzmaurice-Kelly, ha puesto de nuevo el asunto sobre el tapete, pidiendo con ello, como si dijéramos, la revisión de los autos para llegar á un fallo más fundado y que se estime por firme y valedero.

Arduo problema, pues, el de resolver de plano tan debatida cuestión; pero, como el título de esta obra pide de suyo un examen crítico de cuanto en ella se trate, no hay manera de eludir responsabilidades. Y, así, más que por audacia por deber, por respeto á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1871 2407-2408 2409

nuestros lectores, nos lanzamos desde luego *in medias res*, como quiere Horacio (1).

¿Cuál, pues, de las tres ediciones de Juan de la Cuesta debe gozar de mayor autoridad?

En virtud del examen comparativo y razonado que de ellas se ha hecho (no el que va al frente del primer tomo, sino el que ha de encabezar el tercero), hemos llegado á la conclusión de que no há lugar á la adjudicación del premio; de que en absoluto á ninguna se debe otorgar el primer puesto.

Comencemos por la *editio princeps*, afeada á trechos por faltas nada leves; por haber en ella lagunas como la *del robo del rucio*, lagunas cuya distancia se hace imposible salvar del un lado al otro; por ingenuidades tan poco edificantes como aquella del *faldón de la camisa*; por sentencias tan impensadas como la de que *se hartó de llorar y de encomendarse á Dios*: inadvertencias todas y descuidos que hubieron de corregirse inmediatamente para dar una satisfacción á la opinión pública, al lector amigo, al envidioso, al mal intencionado y no exento de prejuicios.

Fuera de notorios descuidos, ciertamente imputables al arrojó de la pluma, ¿á quién sino á la imprenta deben achacarse aquellos otros, no poco graves, que, como el de la omisión del gracioso hurto, no pueden ni deben atribuirse al autor? ¿Por ventura, no justifica el extravío de tal cual hoja del manuscrito el hecho de hallarse nuestro ingenio muy distante del punto en que se imprimía su hoy celebrada obra? ¿Por qué no afean igual ó parecido número de omisiones, cambios y deficiencias á la impresión de la segunda parte? ¿No actuaron en ésta idénticos personajes, esto es, el mismo autor y el mismo imprésor? Si sólo á descuidos del primero se debiesen cuantos lunares menoscaban el brillo de su obra, ¿cómo explicar la diferencia entre una y otra edición, la distinta autoridad que gozan en la república de las letras el texto de 1605 y el de 1615?

Puesto que análogamente hay diferencias entre el de una y otra fecha, ¿por qué no señalar la época del arrepentimiento y hasta el día de la enmienda? Por otra parte, y viniendo ahora al asunto concreto que se señala en el epígrafe de este apartado, diremos que, si no entró para nada en el plan primitivo de la novela esta pérdida del célebre

(1) *Epistola ad Pisones*, v. 148.

jumento, la ausencia de tan esencial como gracioso episodio constituiría un pecado de origen: ¡tan hermoso es el enlace que tiene con toda la fábula! Sí, pecado de origen, pecado de omisión, que argüiría jactancia en quien, al colgar su pluma, dijo, casi proféticamente:

« Tate, tate, folloncicos:  
De ninguno sea tocada;  
Porque esta empresa, buen rey,  
Para mí estaba guardada. »

Si grande y simpática es la figura de D. Quijote, la de Sancho no le cede en importancia ni en interés. Si apenas concebimos al primero caminando á pie, tampoco al segundo sin la inseparable compañía de su jumento. Por esto las sombras familiares de esos dos héroes de la fantasía, cual si fuesen reales y vivientes, continúan, como se ha dicho bellamente, atrayendo sobre sí el amor y las bendiciones del linaje humano; y, á la par, las bestias que esos personajes montaron participan también de la inmortalidad de sus amos.

Como la hermosura de la hija de aquel rey, que, según dice la *Biblia*, nació del interior, del alma, así la belleza de la fábula cervantina, en lo que á este punto se refiere, arranca de la concepción estética de la obra, de la que son parte integrante, en la nueva familia de esos dos seres que van en busca de aventuras, sus dos caballerías. Por eso, en el comienzo de la historia, antes de la primera salida, caminan juntos el hidalgo y Rocinante; y en la segunda, al asociarse amo y escudero, éste pone por condición la de llevar su cabalgadura, *porque no está hecho á andar á pie*. Y, ciertamente, en la primitiva narración de Juan de la Cuesta, los pacíficos animales no se separan ni un punto de sus dueños en cuantos sucesos les acaecen, hasta llegar al capítulo 25, en el que Sancho, perpetuo hablador, doliéndose del silencio impuesto por su amo, lamentase de no poder conversar (¡tanta es la intimidad que con él tiene!) con su cariñoso y manso jumento. ¡Qué sentidas palabras las suyas!: « *Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempos de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana.* »

Si ellas no bastasen á probar que el asno va aún en compañía del escudero, lo declararían abiertamente y sin asomo de duda estas

otras: «*Por tu vida, Sancho, que calles y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno.*»

Y, ahora, sin que el lector de la primera edición pueda adivinar el caso, advierte que ha desaparecido de escena el asendereado rucio. ¿Cómo? La imprenta (personalicemos en alguien la falsificación de los autos) no lo explica; y sólo allá, en el capítulo 43, se nos dice, por modo indirecto, que el *beatífico* animal vive todavía, puesto que la endiablada Maritornes (la misma que, sin duda, facilitó la manta á los bien intencionados pelaires, á los honrados vecinos del barrio de la *Hería* de Sevilla, cogiendo bonitamente con sus manos limpias el cabestro del jumento de Sancho, haciendo una lazada corrediza y pasándola por la muñeca de D. Quijote, deja á éste pendiente, para burlar de su persona, entre el cielo y la tierra.

Si los adictos á la *principe* no pueden decirnoslo con el acento de convicción propio de quien ha consagrado largas vigiliias al único estudio blanco de sus amores, ya que ni aun sombra de verosimilitud tienen sus aventuradas conjeturas, puesto que pugnan con el interés estético de la ficción, que tan grande menoscabo sufre en el primitivo relato; ¿por qué cerrarse de campaña y no reconocer que, tejida por la mano de Cervantes, la narración del celebrado *hurto* se escribió para la primera edición, quedando sólo por discutir si ha de continuar tranquilamente, como hace tres siglos, en el lugar que el mismo Cuesta le asignó en su segunda aparición, ó si, puestos á innovar, oficio que hace famosos á sus autores, hemos de trasladarla solemnemente al capítulo 25?

«Argumentos, argumentos», dirán acaso los adversarios de la exposición oratoria. Vamos á formularlos, pero importa proceder con orden. Pide éste, para que la discusión tenga la debida claridad, para que no se hable de memoria, vaya á continuación el texto, en lo que á este punto se refiere, de las 26 ediciones que, por su mayor autoridad, se cotejan, desde el principio de la obra, para el estudio de las variantes.

OMISIONES, DISCREPANCIAS É INCONGRUENCIAS  
EN EL PLEITO DEL RUCIO (1)

	CUESTA 1. <sup>a</sup> (1605)	CUESTA 2. <sup>a</sup> (1605)	CUESTA 3. <sup>a</sup> (1608)
	Folio	Folio	Folio
cap. XXIII.	108 Según fué lo que llevaron y buscaron los galeotes.	108 Según fué lo que llevaron y buscaron los galeotes.	95v Aquí se narra el robo del rucio lo mismo que en la edición anterior (2. <sup>a</sup> de Cuesta).
	Omite el robo del rucio.	Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche y aun otros algunos días, á lo menos todos aquellos que durase el mata-lotaje que llevaba, y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques; pero la suerte fatal, que según opinión de	

(1) Los guiones que se encuentran más adelante sirven para advertir, en aquel punto concreto, que la lección transcrita, ó simplemente apuntada, es idéntica á la que se halla en la 1.<sup>a</sup> edición de Cuesta, salvo en las tres de Bruselas, que forman sección aparte.